

La religión de la literatura Una nota sobre *Mero cristianismo* de C. S. Lewis

Javier Alcoriza

En los años en que daba clase en la Facultad de Princeton, Woodrow Wilson escribió que “el mundo se siente atraído por los libros como un hombre por sus amigos”. Si los lectores del mundo comparten esta opinión, habrán de considerar a C. S. Lewis —por obras como *Mero cristianismo* o *La imagen del mundo*— uno de sus mejores amigos. A fin de redactar las líneas de esta nota, confío en que podamos plantearnos de cuántos escritores que conocemos querríamos ser amigos. La memoria no habrá de dictar aquí nombre alguno. Sólo la inclinación natural podría sentar las bases, si no de un canon, de un catálogo en el que las simpatías fueran las encargadas de elegir. *La imagen del mundo*, de C. S. Lewis, era un libro sobre el modelo o imagen del universo de la era cristiana escrito, por así decirlo, desde fuera, desde el punto de vista del profesor o “scholar”; *Mero cristianismo* es un libro sobre la religión cristiana en nuestra época —en que aquel modelo ha sido sobreseído (“discarded”)— escrito desde dentro, desde el punto de vista del creyente. (“Professor” era la palabra con que John Bunyan designaba al “creyente” en *El progreso del peregrino*. El creyente contemporáneo habría de ser un profesor o, al menos, alguien —como Lewis— dado a reflexionar sobre la educación como antítesis de la “abolición del hombre”).¹ En el primer caso, la lectura estaba orientada por una escritura exterior al sentido de lo que se quería exponer. En una comparación del gusto de Lewis, el libro se brindaba como un “mapa” (p. 9). La orientación de la lectura habría de ser diversa en el segundo caso. Aquí hallamos lo que Lewis llamaba una “clase de diferencia nueva” (p. 226), que habría de implicar una influencia esencial en la narración de su vida. En estas páginas asistimos a un despliegue de argumentos en coherencia con la propaganda de la fe cristiana. Pero la pregunta del lector, si lo pensamos bien, no versará sobre lo que estamos dispuestos a aceptar del mero cristianismo de Lewis, sino sobre lo que no seremos capaces de aceptar de él. La dificultad del libro estriba precisamente en que resulta razonable y está concebido según el estilo peculiar de Lewis, con su característica discreción y buen humor. Vemos de inmediato al escritor, al hombre de letras habituado a usar o refutar argumentos, inclinado a la discusión con benevolencia, a la persuasión con un fin práctico. Esto es lo nos invitaría a calificar de conciliadora la propensión racional de Lewis. ¿Dónde empezaría, pues, la dificultad? Cualquiera sabe que los símiles de Lewis no van más allá de lo que dicta el sentido común y, sin embargo, el otro punto de la comparación iría aquí más allá de lo que una inteligencia meramente teórica —la “literatura de conocimiento”, según De Quincey, por oposición a la “literatura de poder”— podría explicar. Lewis usa los símiles como los antiguos usaban los

¹ Véase C. S. LEWIS, *Mero cristianismo*, trad. de V. Fernández, Rialp, Madrid, 2001; *La imagen del mundo*, trad. de C. Manzano, Península, Barcelona, 1997; y *La abolición del hombre*, trad. de P. Salazar, Andrés Bello, Santiago de Chile, 2000.

mitos, y ello hace de su prosa un vehículo familiar para ideas o convicciones tanto ordinarias como extraordinarias. Sobre estas últimas querría el autor de *Mero cristianismo* que fuera el lector lo bastante valiente para tomar una decisión, porque el propósito de Lewis resulta abiertamente desafiante. Su versión del cristianismo comprende todos los rasgos que han hecho de éste, en lo literario y en lo político, una religión viva a lo largo de los siglos, que habrían impedido su cristalización en una ética o abonado el inconformismo por encima de preferencias moralmente circunstanciales. Al argumentar como lo hizo, Lewis no parece un intelectual de diverso tipo al que pudo ser Sócrates, pero entendemos también que su planteamiento supera el horizonte que descubre la mera filosofía. El horizonte de la filosofía sería la naturaleza (como en el del libro I de *Mero cristianismo*), pero el sol sobre el horizonte de Lewis, como propagador de una doctrina religiosa, sería el concepto cristiano de “Dios tripersonal”. En ningún caso se trataría de simples intuiciones contrarias, sino de figuras compuestas del pensamiento humano, de las páginas del doble legado, de helenismo y hebraísmo, que han nutrido nuestra civilización. “No ha habido más de una civilización”, había escrito Lewis en *La abolición del hombre* (p. 82). ¿Cómo podemos compaginarlas sin deshacer el libro? ¿En qué medida seguir a Lewis —como lectores— no supondrá seguir (o imitar) a Cristo? ¿Sería aceptable para Lewis que lo leyéramos como quien lee un libro de “literatura”? ¿Es “mero cristianismo”, según Lewis, lo mismo que “mera literatura”, según Wilson?² Creo que Lewis nos diría que deberíamos tomar de su libro todo lo que estemos dispuestos a cumplir. Quien escucha una voz que le alarma no puede decir que no oye nada para sentirse más tranquilo, pero sería absurdo alarmarse por voces que no alcanzamos a oír. Por otro lado, sabemos que no podremos perseverar en un esfuerzo que vaya más allá de las exigencias que nuestra vida nos presenta naturalmente. Con todo, la misma ética de la literatura nos induce a abandonar un criterio demasiado estricto o evasivo sobre el efecto de cuanto leemos, o una noción mezquina de las exigencias que la vida nos presenta. En virtud de la ética literaria —o de la moral laica—, el lector común se convierte en una voz de la disidencia o una letra del “alfabeto de Dios”. Pero aquí importa más la eficacia del símbolo que su verdad. Ésta es la reserva insalvable; esto ni siquiera es mero cristianismo. Aún de la mano de Lewis, sólo podremos admitir que la práctica dirá la última palabra sobre la fe, y que la fe

² La respuesta a la primera pregunta es sí en la medida en que la respuesta a la segunda es no. Véase W. WILSON, *Mere Literature*, Books for Libraries Press, Freeport, New York, 1971, pp. 1-27. La enseñanza de la literatura como ciencia, según el autor, es el desprecio de la “mera literatura”. Fue Wilson quien, como profesor antes que como presidente, dijo que se puede saber más de la política de una nación “por su poesía que por todos sus escritores sistemáticos sobre asuntos públicos y constituciones”. En las universidades habría germinado el prejuicio por el que resultaría “científico” exponer el modo en que la naturaleza del hombre se somete a sus circunstancias. (Cf. con *La abolición del hombre*, p. 65: “La última conquista del hombre ha resultado ser la abolición del hombre”.) “La mera literatura está hecha de espíritu. Las dificultades del estilo son las dificultades del artista con sus herramientas” (p. 16). La prueba de que la ciencia no puede decir la última palabra sobre la literatura es la escritura de la historia. La literatura puede subsistir empobrecida sin la erudición, pero ésta no sobrevive sin aquélla. “Los grandes espíritus del pasado deben dirigirnos en las tareas del futuro” (p. 26).

debiera dictar las órdenes de la vida práctica. Hay que suponer que tales admisiones sería suficientes para el autor de *Mero cristianismo* como respuesta a su propósito. Recordemos que la obra está sembrada de las más brillantes sugerencias del autor y que, no obstante, éste no es el aspecto que merecerá ser destacado para un lector cristiano. Lo más sobresaliente sería algo relativo al plan general del libro —que abarca de las “claves” para “comprender el universo” hasta los “primeros pasos en la doctrina de la Trinidad”—, con la generosidad de su planteamiento y con la profundidad de su compromiso. Podrán notarse, de pasada, numerosas coincidencias con los escritores cristianos a los que Lewis admiraba, como Chesterton (o a los que Chesterton admiraba, como Stevenson). Una premisa compartida por todos sería la necesidad del olvido de sí mismo para acometer grandes empresas. Al respecto, admiramos que la gran empresa de los tres fue la literatura y que —por usar las nociones de Lewis— obedecieron alegremente al espíritu de las obligaciones contraídas por ellos con Dios (la de volverse pequeñas réplicas de Cristo) o con los lectores. ¿En qué sentido habría si no que denominarlos escritores “cristianos”? En *Cautivado por la alegría*, Lewis confesaba: “Y no había nada como los Evangelios en toda la Literatura.” Las páginas de Lewis o Chesterton podrían ser leídas por el lector cristiano como una emulación imaginativa de los evangelios (al no cristiano le bastaría con tomarlas por lo que eran en el mejor caso: mera literatura). Serían, de hecho, una especie de evangelios literarios en los que viniera a cumplirse aquella antigua promesa o función adscrita por Carlyle a la literatura: la de ocupar el lugar de la religión en nuestro tiempo, en un mundo secularizado: “El Escritor de un Libro ¿no viene a ser como un predicador que se dirige no a este o aquel feligrés, en tal o cual día, sino a todos los hombres de todos los tiempos y lugares?”. El mundo del Libro ha cedido su lugar al mundo de los lectores, y luego al de los escritores y al de otros libros. ¿No sería esta “religión de la literatura” un paso diverso al de la ética de la literatura que habríamos convertido en método de estudio? ¿Hay algo en el estudio más allá del estudio? Al cabo, debemos fijarnos en que la religión de la literatura no propondría sustituir unas metáforas por otras, sino, al contrario, conservar (como en el Tao de Lewis) el valor de todas las metáforas que han alimentado la imaginación del hombre que vela por la conducta de la vida. Esta conservación de las metáforas o mitos empleados es la que habría llevado a Santayana —como filósofo— a definir el fenómeno de la “psicología literaria”, y la que nos permite acompañar a Lewis —como escritor cristiano— por todas las ramificaciones — hasta las puertas del mero cristianismo— de la literatura.